

LAS ILUSTRES FRANCESAS
HISTORIAS VERDADERAS

LES
ILLUSTRES
FRANCOISES
HISTOIRES

VERITABLES.

Où l'on trouve, dans des Caractères très-particuliers & fort différens, un grand nombre d'exemples rares & extraordinaires

Des belles Manières, de la Politesse, & de la Galanterie des Personnes de l'un & de l'autre Sexe de cette Nation.

TOME PREMIER



A LA HAYE,
Chez ABRAHAM DE HONDT,
Marchand Libraire près de la Cour.

M. DEC. XIII.

Portada del tomo I de la primera edición.

PREFACIO

ADVIERTO a los curiosos que intenten descubrir los nombres de mis héroes y de mis heroínas que su esfuerzo será baldío y que yo mismo ignoro cuáles eran o cuáles son. No son estas sino historias diferentes que escuché contar en diferentes lugares y que puse por escrito en mis ratos perdidos.

En cuanto a los nombres que les he dado, me ha parecido conveniente darles nombres franceses, pues, en efecto, presento a franceses y no a extranjeros. Aunque sea París el escenario de todas las historias, no todas transcurrieron aquí, pues la mayoría proceden de provincias.

Casi todas las novelas no tienden sino a mostrar, por medio de ficciones, que la virtud siempre es perseguida, pero que acaba triunfando de sus enemigos; admitiendo, no obstante, como ellos, que la resistencia que sus héroes o sus heroínas hacen a la voluntad de sus padres, en favor de sus amadas o de sus amados, sea, en efecto, un acto de virtud. Mi novela o¹ mis historias, como se las quiera llamar, tienden a una moral más natural y más cristiana, puesto que, a través de hechos ciertos, se presenta una parte de las actuaciones mundanas de la vida.

¹ En todas las ediciones antiguas, excepto en la de La Haya, 1720, figura «y» y no «o» como parece sugerir el sentido.

La historia de Des Ronais muestra cómo, si todos los padres y las madres actuasen con sus hijos como Du Puis actúa con su hija, estos siempre los honrarían y respetarían, y no veríamos a ancianos en la miseria, a la que llegaron al desprenderse de sus bienes en favor de unos hijos lo suficientemente desnaturalizados como para burlarse de ellos mientras disfrutaban de sus bienes.

La de Contamine muestra cómo una muchacha buena y virtuosa puede pretender a cualquier matrimonio, a pesar de su origen humilde.

La de Terny nos da a conocer el error de los padres y las madres que fuerzan a sus hijos, y muestra que pueden impedirles elegir un partido a su antojo, pero que no deben obligarlos a tomar otro contra su voluntad, sobre todo si saben que sus hijos tienen un carácter audaz y atrevido.

La de Jussy muestra que una muchacha que tuvo una debilidad por un enamorado tiene que, para conservar su honor, mantener su compromiso toda la vida, pues solo su constancia puede hacer olvidar su debilidad.

La de Des Prez muestra las desdichas a las que conduce una pasión a la que se hace demasiado caso. Muestra también que una mujer no debe contar sino con su esposo, y que, cuando él ya no está en condiciones de sostenerla, es abandonada por todos. Hace ver al mismo tiempo que una mujer interesada sacrifica todo a sus intereses.

La de Des Frans da a conocer que, por mucho que una mujer pueda contar con su propia virtud, siempre tiene que permanecer en guardia y ha de tener tanto más cuidado cuanto mayor sea su belleza y su mérito, pues por ello es atacada con más tenacidad, y tarde o temprano puede ser víctima de su propia confianza. Hace ver también a qué extremo puede llevar un amor ultrajado.

Y finalmente la historia de Du Puis muestra cómo un libertino renuncia al libertinaje cuando se encariña con una mujer virtuosa. Vemos los excesos de un amor desesperado, tanto en lo que dice de él mismo como en lo que dice

de Gallouin al justificar a Silvie. Lo que de Gallouin dice muestra que, si un hombre es capaz de todo buscando sus placeres, cuando se entrega a reflexiones cristianas no realiza sino acciones buenas y provechosas.

Creo que son muchos de los casos que se ven normalmente en el mundo, y la moral que de ellos puede extraerse es tanto más palpable cuanto que se basa en hechos ciertos.

He cometido anacronismos a propósito: solo citaré uno. Hago que Silvie cante, en el bulevar de la Puerta de San Antonio², un aria de la ópera *Proserpine*³ y sitúo la escena en París más de diez años después. Sin embargo, digo que el muelle de Pelletier no se había construido todavía⁴. Lo hago para desviar a los curiosos de los barruntos que la lectura de estas historias pudiesen suscitarles.

Los versos de Du Puis moribundo, las cartas de su hija, las de Madame de Terny y las de Silvie, las de estas dos últimas desde el convento, no son obra mía, sino que son originarias de aquellos de quien hablo. Tal vez algún curioso ya los haya visto.

No se verán aquí valientes en grandes dificultades ni incidentes sorprendentes, porque, al ser todo verdad, no puede ser sino natural. He buscado la mera veracidad. De haberlo querido, podría haber embellecido el conjunto con aventuras fingidas. Nada he dicho que no fuese verdadero,

² El *boulevard de la Porte Saint-Antoine*: un *boulevard* era, en la segunda mitad del siglo xvii, un paseo plantado de árboles que ocupaba el emplazamiento de las antiguas murallas suprimidas por Luis XIV. La *Porte de Saint-Antoine*, varias veces desplazada hacia el este, se situaba, en la segunda mitad del siglo xvii, en la zona de la actual plaza de la Bastille (Bastilla).

³ Ópera de Lully con libreto de Quinault, estrenada en 1680.

⁴ Claude Le Pelletier (1630-1711), *prévôt des marchands* (responsable de la administración civil de París) entre 1668 y 1676, hizo construir un muelle que iba de la plaza de Grève o del Ayuntamiento a la calle Saint-Martin. Hoy está incluido en el muelle de Gesvres. Se habla de nuevo de este muelle al comienzo de la historia.

y, si algo figura que pueda parecer fabuloso, será la acción de Du Puis, que se traspasa el cuerpo en la habitación de Madame de Londé; sin embargo, no he podido callarla porque es verdad.

Nada se encontrará tampoco que proceda de otro lugar. Todos los incidentes son nuevos y originales, al menos no me ha parecido que nadie los haya tratado.

Algunos lectores, de esos que solo leen para reprochar a un autor una palabra inadecuada o que les desagrade, sin duda también las encontrarán aquí, lo que los llevará a condenar toda la obra. Pero la espontaneidad de la historia así lo exigía en su mayor parte, como también algunas oraciones que parecerán confusas. Si hubiese escrito fábulas, habría sido dueño de los incidentes que habría modelado a mi placer, pero son verdades, cuyas reglas son contrarias a las de las novelas. He escrito como si hablase a mis amigos en un estilo totalmente coloquial y familiar, aunque espero que no resulte desagradable a los oídos delicados y que no aburra al lector.

He visto a algunas mujeres enfurecerse contra lo que la viuda dice a su hermana, conversación que Du Puis refiere en su historia. He visto a otras que han considerado este episodio como el más delicado y el mejor tratado de toda la obra y que incluso me han confesado que refleja los verdaderos sentimientos de la mayoría de las de su sexo. Unas y otras son lo que se llama mujeres virtuosas, ¿de dónde procede entonces que sus opiniones sean tan contrapuestas? Es que cada una tiene sus gustos y es más o menos sincera, según su humor y su temperamento.

Si este primer esfuerzo de mi pluma es bien recibido del público, podré darle otro, en el que se verán cosas que tal vez no desagraden. La historia de Rouvière, la de Querville y las que mostrarán la paradoja que pongo en boca de Des Ronais, que es preferible a un hombre honrado casar con una mujer virtuosa que lo ama sin que él la ame que casar con una a la que ama, pero que ella no lo ama, presentan cosas dignas de curiosidad.

Sea como sea, el destino de este decidirá el destino del otro; lo entrego al público voluntariamente, sin que nadie me obligue. Lo declaro, a fin de que me lo agradezcan si el obsequio lo merece, o que yo no piense más en una continuación si el público no queda satisfecho.

Solo me queda por decir que el comienzo o la entrada de mi historia está un poco enrevesado a lo largo de cuatro o cinco páginas. Es que seguí, para enlazar mis historias, la primera idea que se me pasó por la cabeza, sin aplicarme a inventar una disposición de novela; pero la oscuridad que puede producir no es esencial y no se extiende a las historias, que nada tienen de oscuro ni de enrevesado, pues todo va encadenado.

Puesto que no interrumpo el relato de ninguna historia, no deseando dejar al lector impaciente por encontrar el final del relato tras haber visto el comienzo, hay quienes han criticado que haya retrasado la justificación de Silvie hasta que Du Puis cuente sus aventuras.

Hay que observar sobre ello que Des Frans cuenta su historia en presencia de la señora de Londé y que hubiese sido poco acertado que Du Puis narrase en su presencia que el hermano de esta dama había recurrido a los secretos de la más negra magia para triunfar sobre Silvie.

Entonces, dicen, no debería estar esta viuda presente en el relato de Des Frans, y Du Puis, que no habría necesitado entrar en componendas con la verdad, habría hecho justicia a su hermano. Estoy de acuerdo, pero ¿por qué excluir a esta dama del grupo, puesto que, de hecho, estaba presente? Y además, el relato que ella oye hacer a Des Frans le da motivo para hacer otro que se incluirá en la continuación de esta obra, si la continúo. Pues, si bien en los dos primeros tomos⁵ doy a esta dama toda la austeridad y seriedad que puede tener una mujer, hay que observar que es solo

⁵ La edición original consta, efectivamente, de dos tomos.

un carácter forzado, que su segundo matrimonio con Du Puis le devolvió su verdadero carácter, que, en modo alguno, era enemigo de la alegría.

Solo me quedan por decir cuatro cosas a propósito de los hipocorísticos de los nombres de pila que he dado a mis heroínas, como Manon, Babet y otros. He seguido en esto lo que se hacía cuando sucedieron los hechos que cuento, cuando se daba a muchachas distinguidas y de calidad los nombres que les doy.

La corrupción del siglo no había llegado a desfigurar tanto los apellidos que hoy ya no se sabe quién es el padre de una muchacha al nombrarla. Este mal uso procede de provincias, donde un simple burgués, que no tiene sino una choza, creará, siguiendo el ejemplo de la nobleza pobre, tantos apellidos diferentes cuantos hijos tenga. Esos apellidos, que en su origen no son sino apodos, pasando el tiempo se convierten en apellidos usuales, que hacen olvidar el del padre.

Este abuso ha infectado París, donde vemos, para vergüenza de nuestro siglo, tantos apellidos diferentes cuantos hijos tiene una familia, tanto muchachos como muchachas. Es algo cómodo para las madres que se precian y que desearían que sus hijos no dejasen nunca la cuna, pues querrían así ocultarse a sí mismas su edad, como intentan ocultarla al público, lo que es justo motivo de risa para quienes conocen a la familia. Pues nada hay más divertido que ver a una vendedora, cuando se dispone a sentarse a la mesa, decir en tono lastimero a una criada: «Ay, Dios mío, ¿dónde está, pues, la señorita tal? Id a decirle, Toinette, que la esperamos para comer». ¿No quiere esta vendedora ocultar que la señorita tal es su hija?

Las gentes de las que hablo vivían en un tiempo en el que se observaba un modo de expresión más exacto. No se veía a mujeres de secretarios, de procuradores, de notarios o de mercaderes un poco acomodados hacerse llamar

«señora»⁶. La gente con sentido común querría saber si esas mujeres pretenden ser señora noble o señora plebeya. No es esto, sin embargo, lo que sorprende, pues la vanidad y la ambición ridícula siempre han sido propias de las mujeres; lo que sorprende es la necia complacencia de sus maridos en consentirlo y pagar a menudo muy caro este exceso.

⁶ *Madame* ('señora') se empleaba en principio para las mujeres de clases sociales superiores, casadas o no. En los siguientes casos se utilizaba *mademoiselle* ('señorita').



Ilustración del prólogo. Utrecht, Étienne Neaulme, 1737. Des Frans conversa con Des Ronais, mientras el sastre le toma las medidas.

LAS ILUSTRES FRANCESAS

Historias verdaderas

PARÍS no tenía todavía que agradecer al señor Pelletier, más tarde ministro de Estado⁷, el haber hecho construir ese bello muelle que va del puente de Nuestra Señora al Arenal⁸, que su modestia había llamado el muelle del Norte y al que el agradecimiento público sigue dando su nombre, para inmortalizar el de ese ilustre preboste de los mercaderes, cuando un jinete muy bien vestido, pero cuyas ropas, botas y caballo cubiertos de barro mostraban que venía de lejos, se halló detenido en uno de esos atascos que se producen todos los días al final de la calle de Gesvres⁹. Para su desgracia, las carrozas que venían unas tras otras, de todos los lados, no le permitían girar por ninguno. En la misma dificultad estaba un criado que le seguía, y ambos corrían peligro de que los aplastasen las ruedas de las carrozas si hubiesen hecho el menor movimiento contrario. El buen aspecto del jinete hizo que todos los ocupantes de las carrozas que lo rodeaban lo mirasen. El temor

⁷ En 1683, Luis XIV lo nombró sucesor de Colbert como controlador de las finanzas.

⁸ *Du pont Notre-Dame à la Grève*. Cfr. n. 4.

⁹ En las primeras ediciones, hasta la de 1722, *rue de Grève* ('calle del Arenal'), calle inexistente, mientras que existía la *Place de Grève*, hoy *Place de l'Hôtel de Ville* ('Plaza del Ayuntamiento').

que sintieron ante el peligro que corría los obligó a ofrecerle un sitio. Aceptó sus ofrecimientos y deliberaba solo sobre qué sitio elegir de los que se le ofrecían cuando uno de esos señores, revestido de la toga de Palacio¹⁰, lo llamó más alto que los otros. Lo miró y creyó reconocerlo. Comprobó que no se equivocaba cuando este empezó a gritar, sacando casi todo el cuerpo fuera de la portezuela:

—Venid aquí, señor Des Frans.

—¡Ah!, señor —respondió, bajando del caballo—, ¡qué alegría de veros y de abrazaros!

Se dirigió a él, subió a su carroza e hizo subir a su criado detrás, prefiriendo arriesgar sus caballos antes que dejar al muchacho en riesgo de ser herido. Al observar esta acción, no se dudó más de que fuese un hombre de calidad. Los dueños de las carrozas recomendaron a sus cocheros cuidar de no herir a sus caballos. Des Frans escuchó esta orden general y dio las gracias a esos señores con una apostura que les hizo comprender que no se habían equivocado en la buena opinión que de él tenían. Estos saludos respectivos surtieron efecto y, contra todas las apariencias, los caballos salieron del atasco en el mismo estado en el que habían entrado. El criado volvió a subirse al suyo, conduciendo el de su amo por la brida, y siguió a la carroza en la que este había subido.

—¡Qué contento estoy de veros y abrazaros, querido señor Des Ronais! —dijo al entrar en la carroza.

—Y yo —respondió el consejero, pues lo era efectivamente—, siento hoy al abrazaros la mayor alegría que he tenido desde hace mucho tiempo. ¿Así es que retornáis junto a vuestros amigos —prosiguió—, tras haberlos dejado tan tristes con vuestra ausencia?

—Sí —contestó Des Frans—, retorno junto a mis amigos, a mis padres y a mí mismo, al volver a mi patria, de la

¹⁰ El Palacio de Justicia, antaño dentro del Palacio Real (de los siglos x al xiv), donde se alojaba el Parlamento de París, última instancia de la justicia. Como se indica a continuación, Des Ronais es consejero en el mismo.

que mis desgracias me alejaron durante tanto tiempo, y es un dichoso augurio para mí el haber encontrado al llegar al más querido y al más sincero de mis antiguos compañeros. No os preguntaré por vuestra salud —añadió—, veo que es buena, pero aceptad que os interrogué acerca de mi familia.

—Vuestra señora madre falleció —dijo el consejero.

—Lo sé hace tiempo —reanudó Des Frans, con un suspiro—, pero ¿no tenéis nada que decirme de mis tíos?

—No —respondió el consejero—, salvo que no están en París, ni el uno ni el otro.

—Lástima —retomó Des Frans —, pues ahora no sé dónde alojarme.

—No os acordáis ya de que somos buenos amigos —prosiguió riendo el consejero—. Mi casa es lo suficientemente grande para vos y para mí. Y ahora que sé que no tenéis una morada fija, me ofenderíais si tomaseis un alojamiento que no fuese mi casa, donde espero que os alojéis con bastante comodidad, ya que, como estuve a punto de casarme no hace mucho, amueblé una vivienda muy amplia que ocupo yo solo.

—No rechazo vuestra oferta —retomó Des Frans—, lo que hubiese podido obligarme a hacerlo hubiese sido el temor a molestaros, pero, ya que me aseguráis que no será así, retomo con mucho gusto nuestra vieja amistad allí donde la dejé, y me comportaré con vos sin ceremonias.

—Os lo agradezco —contestó Des Ronais—, y no me agradaría que os comportaseis de otro modo.

Estando en esto, llegó la carroza a la vivienda, donde descendieron. Des Ronais lo condujo a una habitación y mandó que se sirviese la mesa rápidamente.

—¿Queréis que vivamos sin ceremonias? —le dijo Des Frans.

—Es lo que deseo —respondió Des Ronais.

—Siendo así —añadió Des Frans—, que no os desagrade el que no comparta hoy vuestro almuerzo, ni tal vez tampoco la cena. Estoy comprometido en un lugar al que tengo que acudir inmediatamente. Me han dejado venir

solo con esta condición y no quiero permanecer aquí más que el tiempo indispensable para cambiar de ropa y de traje, y para que me tomen medidas, por lo que os ruego que hagáis venir a vuestro sastre.

—¿Cómo? —dijo el consejero—, ¿no almorzaréis conmigo?

—No —respondió Des Frans—, y os ruego que me disculpéis. Y creed que asuntos de honor y de importancia me requieren en otro lugar, puesto que tan pronto faltó a una obligación de urbanidad al abandonar vuestra compañía.

—Disponed como gustéis —dijo Des Ronais—, pero, al menos, mientras esperáis al sastre, ¿no beberéis un trago a mi salud?

—Cuatro si queréis —respondió Des Frans riendo—, pero dejad que me me vista, pues tal como estoy, sucio y horroroso, me asusto a mí mismo.

Des Ronais lo dejó solo con su criado, que había traído una maleta. Se cambió de traje y acudió a reunirse con su amigo en una sala en la que él le esperaba. Se informó sobre sus antiguos conocidos y sobre todo sobre Du Puis y Gallouin. Supo que Du Puis seguía siendo amigo suyo y que Gallouin había muerto.

—¡Ha muerto! —interrumpió precipitadamente.

—Sí —respondió el consejero—, ha muerto y murió como un santo, y de un tipo de muerte que os extrañará cuando lo sepáis. Hacía cuatro años que era capuchino.

—¡Cómo! —replicó de nuevo Des Frans precipitadamente—. Gallouin ha muerto capuchino...

Iba a proseguir cuando entró el sastre. Se hizo tomar las medidas y le dejó dinero para que le hiciese un rico traje a la moda para el día siguiente, y otro para su criado. Hecho lo cual, se marchó declarando al consejero que lamentaba muchísimo dejarlo tan pronto.

—Pues —añadió—, además del placer de estar con vos, lo que me habéis dicho de Gallouin me produce unos de-

seos de informarme sobre todo lo que lo concierne que no podéis comprender, pues ignoráis el asunto que yo mismo os contaré. Si veis al señor Du Puis antes que yo, os conjuro que me encomendéis a él y le aseguréis que regreso tan amigo suyo como lo era al marcharme o más.

Des Ronais le preguntó cuándo regresaría; respondió que en cuanto pudiese y salió. Sin embargo, Des Ronais, que era el amigo más íntimo de Du Puis, a pesar de estar peleado con su prima, mandó prevenirlo de la llegada de Des Frans. Al saberlo vino y no lo encontró, como tampoco otras tres veces que volvió, pues no regresó hasta el tercer día.

—¿De dónde venís después de tanto tiempo? —le preguntó Des Ronais, abrazándolo en cuanto lo vio.

—Vengo —respondió Des Frans— de ver a una mujer fiel y de asistir a su boda, que se celebró la noche misma de mi llegada.

—¿Cómo, pues —dijo Des Ronais riendo—, ya habéis encontrado aventuras, aunque hace solo dos días que estáis aquí?

—Sí —contestó Des Frans riendo—, e incluso unas aventuras muy sorprendentes. Al principio solo respondía a la curiosidad y más tarde a un auténtico propósito de hacer un favor a un hombre muy honrado, si se presentaba la ocasión. Otra vez os explicaré de qué se trata; de momento —prosiguió— hablemos de otros asuntos. Decidme primero cómo habéis pasado el tiempo de mi ausencia e informadme de todo lo que sabéis de Gallouin.

—No sé nada que no sepa todo el mundo —dijo Des Ronais—. Pero Du Puis, que va a venir, os informará con mayor exactitud, pues nunca tuvieron un secreto el uno para el otro y su confianza duró hasta su muerte, todavía muy reciente. Ha venido cuatro veces a veros y acabo de mandar a advertirlos de que habéis regresado, por lo que no dudo de que venga.

—Tenía que haberlo prevenido —dijo Des Frans—, pero siendo así lo esperaré y me informaré con él de lo que quiero saber. Pero me gustaría que vos mismo me informaseis de lo que os ha pasado en particular. Me habéis dicho

que habéis estado a punto de casaros y que no salió bien. Quisiera saber por qué y si lo que habéis perdido era un matrimonio de amor o un matrimonio de interés.

—Lo sabréis cuando lo deseéis —respondió el consejero.

—Entonces ahora mismo —contestó Des Frans.

—No tendré tiempo de informaros —dijo Des Ronais—, porque Du Puis llegará enseguida y no quiero hablar delante de él de mi ruptura con su prima.

—¿Es mi hermosa comadre? —preguntó Des Frans.

—Sí, es ella —retomó—, Du Puis no tiene otra: es la más infiel muchacha que existe en el mundo.

—Me sorprendéis —dijo Des Frans— al acusarla de infidelidad: antaño se elogiaba mucho su sinceridad y candor.

—Mucho ha cambiado —replicó Des Ronais suspirando—. Tanto tiempo conservó una aparente franqueza que estuve a punto de dejarme engañar, pero al final me desengañé en el tiempo mismo en que teníamos que concluir juntos, y es lo que os contaré en cuanto tengamos ocasión.

El sastre, al que se había mandado llamar y que llegó al instante, les impidió proseguir. Vistió a Des Frans con una elegancia sencilla que le restableció en su buen aspecto de siempre.

Poco después entró Du Puis. Se hicieron el uno al otro todas las demostraciones de afecto que dos excelentes amigos pueden hacerse tras estar largo tiempo sin verse. No eran de esas demostraciones fingidas y estudiadas que la corrupción del siglo ha introducido: era una efusión de corazón, sincera y verdadera. Des Ronais hizo los honores de su casa. Se sentaron a la mesa y charlaron de sus antiguos conocidos, informándose, en líneas generales, de todo lo que les había ocurrido después de su separación, esperando que una ocasión mejor les permitiese entrar en mayores detalles.

—Así estamos; muy afligidos —prosiguió Du Puis— por la funesta muerte del pobre religioso.

—Me conmueve —dijo Des Frans—; mi enemistad con él no me llevaba a desearle esa desgracia.

—Habría sido un error por vuestra parte —reanudó Du Puis—, porque sentía por vos una verdadera estima y una amistad sincera. La ofensa que os hizo fue la causa de su retiro.

—No me había ofendido —replicó Des Frans, muy confuso.

—Él conocía muy bien lo que pasaba —prosiguió Du Puis—; estoy más informado de vuestros asuntos de lo que vos pensáis, pero no tengáis miedo, solo yo conozco vuestro secreto y nadie más lo sabrá sin vuestro consentimiento.

—Os contaré lo ocurrido —contestó Des Frans— cuando os plazca escucharme. Ya no tengo interés en ocultar nada e incluso he prometido al señor Des Ronais informarle de todo, así es que podéis decirlo todo.

—Siendo así —retomó Du Puis—, me explicaré más inteligiblemente delante de él de lo que de otro modo hubiese hecho. Le pido perdón por haber tenido un secreto con él, pero, en cuanto conozca cuál es el secreto, estoy seguro de que, siendo un hombre honrado como lo es, estará de acuerdo en que vuestro secreto es del tipo de los que no han de ser revelados sin vuestro consentimiento, y ya que no queréis, según decís, ocultarlo al señor Des Ronais, os aseguraré delante de él que Gallouin no creyó ofenderos, pues ignoraba que estabais unidos por el sacramento con Silvie, y que ella no os ofendió voluntariamente, pues fue forzada a hacer lo que hizo por un poder más fuerte que la naturaleza. No me extraña que no preguntéis por ella, puesto que tenéis información sobre ella más segura que nosotros. Sin embargo, no habéis podido evitar que llegásemos a la verdad con nuestras conjeturas, por una carta que ella le escribió unos seis meses después de su partida y de la vuestra.

—¡Silvie escribió a Gallouin! —reanudó Des Frans muy sorprendido—. ¿Y decís que la ofensa que me hizo no era voluntaria?

—Sí —respondió Du Puis—, le escribió. Pero que esta carta no os cause ningún pesar, Gallouin se hizo capuchino y, además de esto, ha muerto. Ya no puede inspiraros des-

confianza, y la carta de la que os hablo es lo que acabó de decidirlo a retirarse. Silvie se la escribió desde su convento y le informaba de que había tomado esta decisión, sin indicarle dónde se encontraba.

—¡Qué! —interrumpió de nuevo Des Frans, juntando las dos manos—. ¡Silvie fue lo suficientemente páfida como para escribir a Gallouin que se había hecho religiosa! ¡Él fue tan necio que la creyó y la imitó!

—Nada es más cierto —dijo Du Puis.

—Pero —interrumpió Des Ronais, dirigiéndose a Des Frans— ¿en qué os afecta esto, que me parecéis tan conmovido?

—En todo —respondió.

—Es un misterio que desconocéis, señor —añadió Du Puis.

—Pero vos —interrumpió Des Frans, dirigiéndose a él— ¿cómo habéis tenido conocimiento de este misterio que yo creía que todo el mundo ignoraba?

—Lo sabréis —contestó Du Puis— cuando os cuente lo que me ha ocurrido a mí. Sin embargo, no os disgustéis por esa carta: es totalmente cristiana y la de una auténtica religiosa que no piensa sino en su salvación y en la de su prójimo. Os mostraré una copia que Gallouin me permitió hacer. Pero entretanto decidme qué ha sido de ella y dónde está.

—Murió —respondió Des Frans.

—Así es que ambos han muerto —retomó tristemente Du Puis—, y acaso ambos de muerte violenta.

—No —respondió Des Frans—, la muerte de Silvie fue natural. Confieso —prosiguió— que sus austeridades podrían haber consumido su vida, pero al menos ninguna ayuda extranjera adelantó su final.

—Tenéis razón —interrumpió Des Ronais muy extraño— al decir que el misterio del que me habláis me supera. Nunca habría sospechado que tuvieseis nada en común con Gallouin y Silvie, ni que fuese por ella por lo que os batisteis con él.

—Son ellos, sin embargo —retomó Des Frans suspirando—, quienes han provocado todas las acciones de mi vida y quienes me han hecho considerar a mi patria como mi infierno. Os informaré cuando el descanso me haya devuelto una parte de la tranquilidad que me es necesaria. Tomaré también por testigo al señor de Jussy, del que tanto me habéis oído hablar.

—¿Está en París? —preguntaron a coro Des Ronais y Du Puis.

—Sí —respondió Des Frans—, llegamos antes de ayer juntos. Desde hace dos años no nos hemos separado, y esta misma mañana he asistido a su boda. Por fin se ha casado con su amada, la bella Babet Fenouil. Me ha contado una parte de su historia y he visto el resto.

—Debe de ser curioso —replicó Du Puis.

—También lo es —respondió Des Frans.

—Otro incidente —dijo Des Ronais riendo—. El mismo día de vuestra llegada asistíais a un matrimonio, y ese matrimonio lo contrae un hombre exiliado desde hace más de seis años a causa de su amada, un hombre al que todo París cree muerto desde hace cuatro años y que encuentra a su amada fiel.

—Tuvo que serlo por su honor —prosiguió Du Puis.

—Estoy encantado con su constancia —añadió Des Frans.

—Es raro —prosiguió Des Ronais— encontrarla en las mujeres en el siglo en el que vivimos.

—No tenéis tanto motivo para quejaros de su mala fe como queréis hacer creer —le respondió Du Puis—. Cien veces he querido desengañaros —prosiguió—, pero estáis tan predispuesto que nunca habéis querido escucharme, ni tampoco a otros, tal vez escucharéis mejor al señor Des Frans. En la primera ocasión en que estemos solos o en que él se moleste en ir a ver a mi prima, como ella me ha encargado que le ruegue que lo haga, le pediremos que intente haceros entrar en razón.

—¿Qué pasa, pues? —interrumpió Des Frans—, ¿en qué puedo hacer un favor a mi bella comadre?

—Pasa —prosiguió Du Puis— que el señor Des Ronais quiere seguir enfadado con ella por el equívoco de una carta. Mi prima ha hecho honradamente todo lo que ha podido, y más de lo que debía, para desengañarle; varios amigos comunes han intervenido, pero tan inútilmente como yo. A pesar de la gente, quiere seguir enfadado y solo quiere creer sus prevenciones. Mi prima, a quien he dicho que habéis llegado y que os alojáis en su casa, os ruega que vayáis a verla. Cree que no cederéis tanto a la cólera de su amante como para negarle una visita.

—Seguro que no —respondió Des Frans—. Sé lo que debo hacer y me agraviáis creyendo que sea necesario advertirme de ello. Iré mañana mismo.

—Ella os lo contará todo —prosiguió Du Puis—. Si pudiese quedarme, os informaría en presencia del señor Des Ronais, pero tengo que ir a encontrarme con la señora de Londé.

—¿Quién es esa señora? —preguntó Des Frans.

—Es —respondió Des Ronais— la hermana del difunto Gallouin y la prometida del señor Du Puis, con la que se va a casar y con quien debería estar ya casado. Es ella a quien llamaban la señorita Nanette, y que es ahora la viuda del señor de Londé, uno de los hombres más agradables y honrados que nunca existieron.

—La conozco —replicó Des Frans—. Id, señor —prosiguió dirigiéndose a Du Puis—. La compañía de una amada es siempre más agradable que la de los amigos.

—No puedo evitar ir hoy junto a ella —dijo Du Puis—. Pero os prometo estar con vosotros mañana por la mañana y no dejaros, pero ahora os ruego que me disculpéis.

Tras esta excusa, salió. Y Des Frans y Des Ronais, habiéndose quedado solos, el primero rogó a su amigo que cumpliera su palabra y le contase lo que había pasado entre su amada y él, lo que él hizo en estos términos.



Ilustración de la primera historia. Utrecht, Étienne Neaulme, 1737.
Manon Du Puis y Des Ronais se dan la mano en presencia
del viejo Du Puis en su lecho.